

El nuevo orden económico internacional

La sexta sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó, en abril de 1974, la determinación de sus miembros de «trabajar por la instauración de un nuevo orden económico internacional, basado en la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación entre todos los Estados, independientemente de sus sistemas económico y social, que corrigiera las desigualdades y rectificase las injusticias actuales, permitiese eliminar el abismo creciente entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo y asegure, en la paz y la justicia, a las generaciones actuales y futuras, un desarrollo económico y social que irá acelerándose». La UNESCO, por su parte, afirmó —en el curso de la decimotercera sesión de su Conferencia General— que la instauración de un nuevo orden económico inter-

nacional dependía, no sólo de factores políticos y económicos, sino también de factores *socioculturales*, cuya función en el desarrollo no deja de aumentar, y que son esenciales en la lucha de los pueblos contra toda forma de dominación.

Los países provistos, como los países del Tercer Mundo, son conscientes de la necesidad de instaurar un nuevo orden económico, pero las conclusiones que sacan de ello son diferentes.

Los países en vías de desarrollo se pronuncian por un cambio de las relaciones sociales y económicas a escala mundial, cambios que serían ventajosos para todos los miembros de la comunidad internacional.

Por su parte, los países desarrollados, al tiempo que aceptan algunos arreglos en beneficio de los países menos avanzados, tienden

en su mayoría a evitar una verdadera revisión del sistema actual de las relaciones económicas.

EL ORDEN ACTUAL Y SUS FRACASOS

El orden económico actual nació sobre las ruinas de la II Guerra Mundial; aunque sus orígenes se encuentran en un pasado mucho más lejano, sólo apareció después de la guerra una verdadera revisión del orden existente, a escala mundial.

La Carta de las Naciones Unidas definió las bases del «orden de la postguerra», y los dos Decenios para el Desarrollo han servido de marco de acción para la puesta en marcha de una estrategia nueva de desarrollo económico, concebida en el plano internacional.

Las diferentes operaciones emprendidas con vistas a un desarrollo económico profundamente renovado y modificado, no han dado resultados verdaderamente satisfactorios. El análisis de este período, cuyo desenlace es el orden actualmente existente, demuestra que:

1) Los esfuerzos realizados han sido claramente insuficientes, sobre todo por parte de los países desarrollados. Así, por ejemplo, cuando los Estados Miembros de Naciones Unidas decidieron en 1965 dedicar anualmente un uno por ciento de su Producto Nacional Bruto (del cual, un 0,76 por ciento de ayuda pública) a la asistencia a los países en vías de desarrollo, los esfuerzos que desplegaron para esta empresa fueron muy decepcionantes. Es lo que se deduce del cuadro siguiente:

Ayuda al desarrollo en % de PNB			
	1963	1968	1973
Estados Unidos	0,59	0,37	0,23
Japón	0,20	0,25	0,25
Alemania	0,41	0,41	0,32
Francia	0,38	0,67	0,58
Reino Unido	0,48	0,40	0,35
Conjunto de los países industrializados ...	0,51	0,37	0,30

Como lo indican estas pocas cifras, el porcentaje de ayuda previsto, no sólo no ha sido alcanzado, sino que va en disminución.

2) La crisis monetaria y la crisis de la energía, tuvieron consecuencias muy graves para los países en vías de desarrollo, sobre todo a partir de 1971.

3) A pesar de los esfuerzos apreciables de los países en vías de desarrollo y de los resultados obtenidos, el abismo entre países ricos y países pobres no ha cesado de aumentar. También han aumentado las desigualdades en el interior de los países.

4) Los países ricos disponen de capitales enormes que les permiten explotar los recursos naturales del mundo entero, importar materias primas de los países pobres, tener una posición dominante en los sectores clave de la economía, como el comercio, los transportes, la tecnología, que les aseguran una «renta» permanente sobre las actividades económicas mundiales, renta deducida en parte de los ingresos de los países pobres.

5) Los esfuerzos de los países en vías de desarrollo para obtener, por las buenas, una modificación de las relaciones socio-económicas, han tropezado con la indiferencia de la mayoría de los países provistos.

6) El traspaso de los conocimientos, de las técnicas y de los modelos por simple transposición, no es realizable; con frecuencia es contrario a los intereses de los países del Tercer Mundo. La alternativa consiste en promover, en estos países, un modelo de desarrollo endógeno, orientado hacia el desarrollo de las infraestructuras nacionales, teniendo siempre en cuenta la cultura y las aspiraciones de la población.

CAMBIAR EL ORDEN

Con ocasión de la crisis mundial de energía, la riqueza de determinados países del Tercer Mundo en materias energéticas indispensables a los países ricos, contribuyó a cambios en las relaciones de fuerza del mundo económico. Esta nueva situación ha permitido a los países en vías de desarrollo reforzar su presencia en las relaciones económicas mundiales, y precisar mejor su postura en cuanto a la modificación de estas relaciones. El establecimiento de nuevas relaciones entre los países ricos y los países en vías de desarrollo era algo inevitable.

EL NUEVO ORDEN

Al proclamar su voluntad de instaurar un Nuevo Orden Económico Internacional, los Estados Miembros de Naciones Unidas decidieron la creación de una de las bases más importantes sobre las que reposan las relaciones económicas entre los pueblos y las naciones. Esta declaración, cuyo alcance es considerable, implica, sin

embargo, unos límites. En efecto, sólo se refiere a las actividades económicas referidas a las relaciones entre naciones. Y, este aspecto de la vida económica es más o menos importante según los países.

A fin de que el establecimiento de un Nuevo Orden Económico sea posible, los Estados debieran respetar cierto número de reglas y, sobre todo:

a) Aceptar el comprometerse lealmente en la vía de una cooperación internacional renovada; el nuevo orden tiene como fundamento la redistribución de los recursos y de los poderes.

A este efecto, se pueden considerar dos caminos: la confrontación entre los países o la cooperación. La primera vía se basa en las relaciones de fuerza; escogerla sería hacer la prueba de la incapacidad de llegar a resultados basados en la equidad y el respeto mutuo. Sería también admitir un fracaso para las Naciones Unidas, cuya vocación es, precisamente, la cooperación internacional. La confrontación económica sólo podrá desembocar en nuevas desigualdades, sufrimientos y riesgo de conflicto graves.

La cooperación parece ser el único camino razonable si se toma conciencia de la estrecha interdependencia de las economías nacionales, de los límites de los recursos mundiales y de los enormes riesgos de conflictos eventuales que correría la humanidad.

b) Organizar, a escala internacional, una potencia capaz de promover el establecimiento de un Nuevo Orden Económico.

c) Reforzar la cooperación entre los países en vías de desarrollo.

d) Preocuparse muy especialmente de las necesidades de los países más desprovistos, de los más pobres entre los pobres.

EL NUEVO ORDEN Y LA UNESCO

La contribución de la UNESCO al establecimiento de un Nuevo Orden Económico sería sólo marginal si se tomasen al pie de la letra los fines de una organización de las Naciones Unidas que actúa en los campos de la educación, la ciencia y la cultura. Si, en el nuevo orden, sólo se tratase de la economía, los campos de la competencia de la UNESCO serían sólo un apoyo. En realidad, la misma naturaleza de la empresa quiere que la dimensión social sea, por

lo menos, tan fundamental como la dimensión económica. En efecto, se trata de constituir las bases científicas y tecnológicas necesarias a cada país para un mejor uso de los recursos naturales, de promover una educación capaz de dar a las poblaciones de los países los medios de tener en mano su propio destino, de desarrollar la comunicación y los sistemas de información que fomentarían la participación de todos en el esfuerzo colectivo, de estimular una reflexión cultural de cada sociedad sobre sí misma que la ayudaría a sacar mejor provecho de los instrumentos de cambio, sin perder su propia identidad.

H. BEN AMOR
Director de la Oficina
de Estadísticas
de la UNESCO

Publicamos a continuación dos intervenciones de don Ricardo Díez Hochleitner, Miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, en la 99 Sesión, el 29 de abril de 1976.

Este debate que ahora se abre, después de leer las palabras a la vez apasionadas y profundas que contiene el documento EX/49 —cuyas conclusiones merecen todo elogio— inicia de hecho y en justicia el debate del C/4 o plan a medio plazo. Al fin y al cabo los objetivos a plazo medio son un prerrequisito de objetivos más ambiciosos para tratar de dar una respuesta a los problemas de un mundo cuyo devenir no nos gusta.

Sin caer en fáciles o demagógicos catastrofismos, es bien cierto que el mundo vive un clima de inseguridad y zozobra porque la crisis ha dejado de ser sectorial, del norte o del sur, para volverse global y los egoísmos nacionalistas y la frecuente prepotencia de los poderosos parecen propiciar muchas veces, todos a una, el caos. Por si ello fuera poco, predominan en el mundo dos sistemas socio-económicos diametralmente contrapuestos, difíciles de armonizar. Pero no son las mutuas recriminaciones las que resolverán el dilema sino el ejercicio libre de la voluntad auténtica de los pueblos. En esa esperanza tenemos que trabajar y escudriñar el porvenir.

El porvenir no se domina ni se moldea a nuestro capricho, ni tampoco cabe tal pretensión, como parecía insinuarlo el párrafo 5 del documento, sino que se *hace cada día* con la ilusión y el esfuerzo constructivos. Y ese quehacer diario se tiene que traducir en un renovado espíritu de creciente cooperación, conscientes de la inexorable interdependencia en el mun-

do, porque tal es la nueva frontera de la independencia de las respectivas naciones. Pero la garantía de ese futuro tiene que nacer desde el interior de cada país y pasar por la cooperación regional, por la cooperación entre Oriente y Occidente, entre Norte y Sur, para llegar a hacerse mundial.

Ese desarrollo futuro, más que insistir en la superación de disparidades, tiene que empezar por barrer las injusticias y, sobre todo, contribuir a extender la igualdad de oportunidades entre todos los hombres. Porque disparidad no es necesariamente sinónimo de estancamiento o de regresividad, puesto que muchas veces se trata de disparidades relativas, producto de una diferente dinámica, dirección y voluntad de desarrollo que no puede ni debe imponerse unánime a toda sociedad. La realidad es que el desarrollo es, sobre todo, el resultado de la voluntad y de la determinación de los pueblos y de sus dirigentes, de la capacidad de organización y gestión, del estudio, del trabajo e ingenio de sus hombres. En esos factores radica la máxima esperanza de toda superación.

Ahora, y a mi modo de ver, el verdadero desafío próximo del mundo es doble, a saber: Minimizar el despilfarro y maximizar la recuperación de los recursos. Es decir, por una parte lograr una *sociedad renovadora* frente al actual consumismo hedonista e irresponsable. Y, por otra parte, devolver el sentido ético del bienestar sobrio, de la frugalidad que ha sido siempre el mejor «caldo de cultivo» de la creatividad y de la generosidad humana.

La ciencia y la tecnología al servicio del bien común, como lo sugiere el párrafo 127, sí pueden

abrirnos nuevos horizontes de esperanza y bienestar, sobre todo en la medida en que el hombre haga cada vez más un esclavo de la máquina y se libere de la situación contraria. Pero esos progresos al servicio del hombre, realizados por el hombre con una motivación elevada, requieren que los hombres tengan la capacidad, el estímulo y la actitud apropiadas para participar en ese esfuerzo a todos los niveles necesarios. Por eso, una vez más, la educación aparece como la herramienta principal para construir ese futuro. Y en ese sector quiérase o no, la Universidad sigue siendo la institución a más alto nivel. El hecho de que también ella sufra en sus entrañas la crisis global, a veces con extrema violencia física y moral, no es razón para rehusar la nuestro renovado apoyo. Antes al contrario, porque ningún país es superior a su Universidad, nacida de sus propias entrañas. La Universidad puede abrir muchos nuevos horizontes a la humanidad y preservar al mismo tiempo la libertad. Por ello es urgente recuperar para la Universidad su papel creador y formador en torno a *lo verdadero, lo bueno y lo bello*, y a tal fin promover una reflexión seria y serena sobre la Universidad ante el mañana, no sólo entre alumnos y profesores sino también en el seno de la sociedad por entero. El programa futuro de la UNESCO debería dar mucha mayor atención a estos aspectos.

Señor Presidente: Décadas de grandes esfuerzos del sistema de NU —no siempre bien conocidos ni valorados— han preparado el camino para tratar de dar un nuevo paso en la cooperación internacional, facilitada por los considerables cambios sociales que el mundo ha experimentado entre tanto. Y ello en no pequeña medida gracias a la civilización Occidental que ahora parece estar de moda vilipendiar. Una visión retrospectiva brinda, por lo tanto, apoyo moral para la difícil tarea del porvenir. Por otra parte, una somera visión prospectiva muestra fácilmente que un nuevo orden económico habría de generar forzosamente cambios sociales significativos.

Pero nuestro papel no es el de reconocer simplemente las posibles implicaciones sociales de nuevas formas de cooperación económica entre los países sino determinar, antes que nada, los requisitos sociales esenciales para tal fin e iniciar un auténtico esfuerzo movilizador en tal sentido en el interior de cada país y entre todos los países.

Como decíamos al principio, el documento 19C/4 ofrece una lista inicial de objetivos ante un nuevo mundo que intuimos y apenas entreveremos. Pero lo que estamos haciendo hoy aquí, de hecho, es empezar el debate de los posibles objetivos del 20C/4 al servicio de un mundo mejor. Que así sea y, para ello, que la UNESCO se mantenga vigilante como el Quijote cuando velaba sus pobres armas, para que tantas nobles aspiraciones preserven la identidad cultural de cada pueblo y haga realidad la libertad, en la dignidad, de cada hombre y de todos los hombres.